

—Esto se acabó, compadrito. ¿Y qué va a hacer usted ahora?

—Comenzar de nuevo a subir la cuesta...

—Pero maldiciendo por fin a la Revolución, ¿no?

—No, compadre Perea; pillaje y saqueo no son Revolución. Revolución es un noble afán de subir, y yo subiré; es esperanza de una vida más justa, y yo me aferro a ella. Hoy más que ayer me siento revolucionario, porque de un golpe volví a ser pobre. La Revolución, como Dios, destruye y crea y, como a El, buscámosla tan sólo cuando el dolor nos hiere...

EXODO

Angustiado y triste, con las alforjas vacías y sobre un borriquillo trotador salí de Tacámbaro en una mañana de agosto, limpia y transparente como un capelo.

Al llegar a lo alto del *Canelillo* detúveme para mirar al pueblo por última vez: sus casas se apretaban como un rebaño de ovejas, ramoneando bajo los aguacates, y las grises montañas de Tierra Caliente me dieron la impresión de dromedarios que se esfumaban en un lejano desierto.

Mis ojos se nublaron de lágrimas y, a través de ellas, tomé por pañuelos, agitándose en el aire para despedirme, a una bandada de palomas blancas que voló de un alero...

FIN DE
"DESBANDADA"

JUAN RULFO.
(1918)

Mexicano. Nació en Sayula, Jalisco. Pasó la niñez en la hacienda de sus abuelos. En 1924 perdió a su padre: "lo mataron una vez cuando hufa... y a mi tío lo asesinaron, y a otro y a otro... y al abuelo lo colgaron de los dedos gordos, los perdió... todos morían a los 33 años". Pocos años después se le murió su madre. Estudió para contador y ha trabajado en la oficina de Migración, la Compañía Goodrich y la Comisión de Papaloapan. Publicó sus primeros cuentos en la revista *Pan* de Guadalajara. Sus únicos dos libros son muy conocidos y estimados: la colección de cuentos *El llano en llamas* (1953) y la novela *Pedro Páramo* (1955), ambas publicadas por el Fondo de Cultura Económica. Su segunda novela, *La cordillera*, anunciada desde hace mucho tiempo, todavía no se ha publicado.

—¿Está ya escrito, compadre? ¿Y qué va a hacer usted ahora?

—Comenzar de nuevo a subir la cuesta.

—Pero maldecido por fin a la Revolución, ¿no?

—No, compadre Perea, pillaje y saqueo no son Revolución; reviven en un modo de subir y yo subiré es esperar una vida más sana y yo a ella. Yo sé que un día me voy a morir, pero me voy a morir con un golpe en el pecho, como un soldado, como un soldado que se va a la guerra y muere. Yo sé que un día me voy a morir, pero me voy a morir con un golpe en el pecho, como un soldado, como un soldado que se va a la guerra y muere.

JUAN RULFO
(1908)

... y las cosas se van haciendo...
... en la hacienda de sus abuelos...
... y la familia...
... y la novela Pedro Paramo (1928)...
... y la novela Pedro Paramo (1928)...
... y la novela Pedro Paramo (1928)...

... y las cosas se van haciendo...
... en la hacienda de sus abuelos...
... y la familia...

CUENTO DE CONTENIDO SOCIAL.

... y las cosas se van haciendo...
... en la hacienda de sus abuelos...
... y la familia...

... y las cosas se van haciendo...
... en la hacienda de sus abuelos...
... y la familia...

... y las cosas se van haciendo...
... en la hacienda de sus abuelos...
... y la familia...

NOS HAN DADO LA TIERRA.

... y las cosas se van haciendo...
... en la hacienda de sus abuelos...
... y la familia...

... y las cosas se van haciendo...
... en la hacienda de sus abuelos...
... y la familia...

... y las cosas se van haciendo...
... en la hacienda de sus abuelos...
... y la familia...

JUAN RULFO.

... y las cosas se van haciendo...
... en la hacienda de sus abuelos...
... y la familia...

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

Meliton
Faustino
Esteban
→ Narrador
El delegado (Gob)

Después de tantas horas de caminar sin encontrar ni una sombra de árbol, ni una semilla de árbol, ni una raíz de nada, se oye el ladrar de los perros.

Uno ha creído a veces, en medio de este camino sin orillas, que nada habría después; que no se podría encontrar nada al otro lado, al final de esta llanura rajada de grietas y de arroyos secos. Pero sí, hay algo. Hay un pueblo. Se oye que ladran los perros y se siente en el aire el olor del humo, y se saborea ese olor de la gente como si fuera una esperanza.

Pero el pueblo está todavía muy allá. Es el viento el que lo acerca.

Hemos venido caminando desde el amanecer. Ahorita son algo así como las cuatro de la tarde. Alguien se asoma al cielo, estira los ojos hacia donde está colgado el sol y dice:

--Son como las cuatro de la tarde.

Ese alguien es Melitón. Junto con él, vamos Faustino, Esteban y yo. Somos cuatro. Yo los cuento: dos adelante, otros dos atrás. Miro más atrás y no veo a nadie. Entonces me digo: "Somos cuatro". Hace rato, como a eso de las once, éramos veintitantos; pero puñito a puñito se han ido desperdigando hasta quedar nada más este nudo que somos nosotros.

Faustino dice:

--Puede que llueva.

Todos levantamos la cara y miramos una nube negra y pesada que pasa por encima de nuestras cabezas. Y pensamos: "Puede que sí".

No decimos lo que pensamos. Hace ya tiempo que se nos acabaron las ganas de hablar. Se nos acabaron con el calor. Uno platicaría muy a gusto en otra parte, pero aquí cuesta trabajo. Uno platica aquí y las palabras se calientan en la

boca con el calor de afuera, y se le resecan a uno en la lengua hasta que acaban con el resuello. Aquí así son las cosas. Por eso a nadie le da por platicar.

Cae una gota de agua, grande, gorda, haciendo un agujero en la tierra y dejando una plasta como la de un salivazo. Cae sola. Nosotros esperamos a que sigan cayendo más y la buscamos con los ojos. Pero no hay ninguna más. No llueve. Ahora sí se mira el cielo se ve la nube aguacera corriéndose muy lejos, a toda prisa. El viento que viene del pueblo se le arrima empujándola contra las sombras azules de los cerros. Y a la gota caída por equivocación se la come la tierra y desaparece en su sed.

¿Quién diablos haría este llano tan grande? ¿Para qué sirve, eh?

Hemos vuelto a caminar, nos habíamos detenido para ver llover. No llovió. Ahora volvemos a caminar. Y a mí se me ocurre que hemos caminado más de lo que llevamos andado. Me ocurre eso. De haber llovido quizás se me ocurrieran otras cosas. Con todo, yo sé que desde que yo era muchacho no vi llover nunca sobre el llano, lo que se llama llover.

No, el llano no es cosa que sirva. No hay ni conejos pájaros. No hay nada. A no ser unos cuantos huizaches trapeques y una que otra manchita de zacate con las hojas enrolladas; a no ser eso, no hay nada.

Y por aquí vamos nosotros. Los cuatro a pie. Antes vamos a caballo y traíamos terciada una carabina. Ahora traemos ni siquiera la carabina.

Yo siempre he pensado que en eso de quitarnos la carabina hicieron bien. Por acá resulta peligroso andar armado. Le dan tan a uno sin avisarle, viéndolo a toda hora con "la 30" y la carga de las correas. Pero los caballos son otro asunto. Venir a caballo ya hubiéramos probado el agua verde del río y paseado nuestros estómagos por las calles del pueblo para que se les bajara la comida. Ya lo hubiéramos hecho de todos aquellos caballos que teníamos. Pronto también nos quitaron los caballos junto con la carabina.

Vuelvo hacia todos lados y miro el llano. Tanta y tanta tierra para nada. Se le resbalan a uno los ojos al no encontrar cosa que los detenga. Sólo unas cuantas lagartijas salen a asomar la cabeza por encima de sus agujeros, y luego que sienten la tatemá del sol corren a esconderse en la sombra de una piedra. Pero nosotros, cuando tengamos que trabajar aquí, ¿qué haremos para enfriarnos del sol, eh? Porque a nosotros nos dieron esta costra de tepetate para que la sembráramos.

Nos dijeron:

--Del pueblo para acá es de ustedes.

Nosotros preguntamos:

--¿El llano?

--Sí, el llano. Todo el llano grande.

Nosotros paramos la jeta para decir que el llano no lo queríamos. Que queríamos lo que estaba junto al río. Del río para allá, por las vegas, donde están esos árboles llamados casuarinas y las paraneras y la tierra buena. No este duro pellejo de vaca que se llama el llano.

Pero no nos dejaron decir nuestras cosas. El delegado no venía a conversar con nosotros. Nos puso los papeles en la mano y nos dijo:

--No se vayan a asustar por tener tanto terreno para ustedes solos.

--Es que el llano, señor delegado...

--Son miles y miles de juntas.

--Pero no hay agua. Ni siquiera para hacer un buche hay agua.

--¿Y el temporal? Nadie les dijo que se les iba a dotar con tierras de riego. En cuanto allí llueva, se levantará el maíz como si lo estiraran.

--Pero, señor delegado, la tierra está deslavada, dura. No creemos que el arado se entierre en esa como cantera que es la tierra del Llano. Habría que hacer agujeros con el azadón para sembrar la semilla y ni aún así es positivo que nazca nada; ni maíz ni nada nacerá.

--Eso manifiéstelo por escrito. Y ahora váyanse. Es al latifundio al que tienen que atacar, no al Gobierno que les da la tierra.

--Espérenos usted, señor delegado. Nosotros no hemos dicho nada contra el Centro. Todo es contra el Llano... No se puede contra lo que no se puede. Eso es lo que hemos dicho. Espérenos usted para explicarle. Mire, vamos a comenzar por donde íbamos...

Pero él no nos quiso oír.

Así nos han dado esta tierra. Y en este comal acalorado quieren que sembremos semillas de algo, para ver si algo retoña y se levanta. Pero nada se levantará de aquí. Ni zopilotes. Uno los ve allá cada y cuando, muy arriba, volando a la carretera; tratando de salir lo más pronto posible de ese blanco terregal endurecido, donde nada se mueve y por donde uno camina como reculando.

Melitón dice:

--Esta es la tierra que nos han dado.

Faustino dice:

--¿Qué?

Yo no digo nada. Yo pienso: "Melitón no tiene la cabeza en su lugar. Ha de ser el calor el que lo hace hablar así. El calor que le ha traspasado el sombrero y le ha calentado la cabeza. Y si no, ¿por qué dice lo que dice? ¿Cuál tierra nos han dado, Melitón? Aquí no hay ni la tantita que necesitaría el viento para jugar a los remolinos."

Melitón vuelve a decir:

--Servirá de algo. Servirá aunque sea para correr yeguas.

--¿Cuáles yeguas? --le pregunta Esteban.

Yo no me había fijado bien a bien en Esteban. Ahora que habla, me fijo en él. Lleva puesto un gabán que le llega al ombligo, y debajo del gabán saca la cabeza algo así como una gallina.

Si es una gallina colorada la que lleva Esteban debajo del gabán. Se le ven los ojos dormidos y el pico abierto como si bostezara. Yo le pregunto:

--Oye Teban, ¿de dónde pepenaste esa gallina?

--¡Es la mía! --dice él.

--No la traías antes. ¿Donde la mercaste, eh?

--No la merqué, es la gallina de mi corral.

--Entonces te la trajiste de bastimento, ¿no?

--No, la traigo para cuidarla. Mi casa se quedó sola y sin nadie para que le diera de comer; por eso me la traje. Siempre que salgo lejos cargo con ella.

--Allí escondida se te va ahogar. Mejor sácala al aire.

Él se la acomoda debajo del brazo y le sopla el aire caliente de su boca. Luego dice:

--Estamos llegando al derrumbadero.

Ya no oigo lo que sigue diciendo Esteban. Nos hemos puesto en fila para bajar la barranca y él va mero adelante. Se ve que ha agarrado a la gallina por las patas y la zango lótea a cada rato, para no golpearle la cabeza contra las piedras.

Conforme bajamos, la tierra se hace buena. Sube polvo desde nosotros como si fuera un atajo de mulas lo que bajara por allí; pero nos gusta llenarnos de polvo. Nos gusta. Des-

pués de venir durante once ^{horas} años pisando la dureza del llano, nos sentimos muy a gusto envueltos en aquella cosa que brinca sobre nosotros y sabe a tierra.

Por encima del río, sobre las copas verdes de las casuarinas, vuelan parvadas de chachalacas verdes. Eso también es lo que nos gusta.

Ahora los ladridos de los perros se oyen aquí, junto a nosotros, y es que el viento que viene del pueblo retacha en la barranca y la llena de todos sus ruidos.

Esteban ha vuelto a abrazar su gallina cuando nos acercamos a las primeras casas. Le desata las patas para desentumecerla, y luego él y su gallina desaparecen detrás de unos tepemezquites.

-- ¡Por aquí arriendo yo! -- nos dice Esteban.

Nosotros seguimos adelante, más adentro del pueblo.

La tierra que nos han dado está allá arriba.

EXISTENCIALISMO

SARTRE, JEAN PAUL.

Jean Paul Sartre nació en París en 1905 de una familia de marinos y universitarios, estudió Filosofía y se dedicó a la enseñanza. Participó activamente en la Segunda Guerra Mundial, durante la que fue prisionero de los nazis. Fundador de Le Temps Modernes, su obra ha ejercido una influencia profunda y universal en las generaciones jóvenes. Su producción, copiosa, tiene títulos tan importantes para comprender el pensamiento contemporáneo como La náusea, El muro, Los caminos de la libertad, Las moscas, A puerta cerrada, Las manos sucias, Muertos sin sepultura, El ser y la nada, El existencialismo es un humanismo, Baudelaire, etc. En 1967 fue galardonado con el premio Nobel de Literatura.